



# Respeto

Para alcanzar el respeto hay que afrontar los obstáculos que impiden superar antiguos orgullos, imposiciones sociales y culturales, indolencia y falta de compasión por el otro.

Si cambiamos el chip y hacemos lo correcto, ¿emergerá una nueva virtud y **una manera más íntegra y justa de aceptar el dolor ajeno**, reducir el sufrimiento y asumir como propias las desgracias ajenas?

## FUTURO N TRÁNSITO

La Comisión de la Verdad invitó a **39 autores** a participar en Futuro en tránsito, un proyecto que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos.

COMISIÓN DE LA  
VERDAD



Apoya:



RESPECTO

FUTURO  N TRÁNSITO

# R E S

Juan Álvarez

# P E T

Pedro Adrián Zuluaga

# O

Patricia Ariza

FUTURO  N TRÁNSITO



## Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición

### Comisionados

Francisco José De Roux Rengifo, *presidente*  
Alejandro Castillejo Cuellar  
Saúl Franco Agudelo  
Lucía González Duque  
Carlos Martín Beristain  
Alejandra Miller Restrepo  
Alfredo Molano Bravo (q.e.p.d.)  
Carlos Ospina Galvis  
Leyner Palacios Asprilla  
Marta Ruiz Naranjo  
María Ángela Salazar Murillo (q.e.p.d.)  
Patricia Tobón Yagari  
Alejandro Valencia Villa

### Secretario general

Mauricio Katz García

### Directores

Gerson Arias Ortiz, *director para el diálogo social*  
Tania Rodríguez Triana, *directora de territorios*  
Sonia Londoño Niño, *directora de pueblos étnicos*  
Diana Britto, *directora de conocimiento*  
Juan Carlos Ortega, *director administrativo y financiero*

### Oficina de cooperación internacional y alianzas

María Paula Prada Ramírez

### Oficina de comunicaciones

Ricardo Corredor Cure

### Futuro en tránsito

**Dirección general:** Alonso Sánchez Baute

**Coordinación editorial:** John Naranjo

**Dirección de arte:** Raúl Zea

**Editores:** Rodolfo Quintero Romero - Valentín Ortiz

**Equipo de diseño:** Juliana Salazar - Guido Delgado

**Corrección de estilo:** Andrés López - Alberto Domínguez

### Mesa técnica

Paula Arenas Canal

Tiziana Arévalo Rodríguez

John Naranjo

Alonso Sánchez Baute

# Respeto

JUAN **ÁLVAREZ**

PEDRO ADRIÁN **ZULUAGA**

PATRICIA **ARIZA**

# Respeto

© 2020 Juan Álvarez

© 2020 Pedro Adrián Zuluaga

© 2020 Patricia Ariza

Esta publicación contó con el apoyo de la Unión Europea.

## **Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición**

Francisco José De Roux Rengifo, presidente

## **Delegación de la Unión Europea en Colombia**

Patricia Lombart Cussac, embajadora de la Unión Europea (UE) en Colombia

## **Red Nacional de Programas Regionales de Desarrollo y Paz — Redprodepaz**

Fernando Augusto Sarmiento Santander, director

*Las opiniones expresadas en este libro son de exclusiva responsabilidad de los autores y no necesariamente representan la opinión de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición o de los aportantes del proyecto.*

**ISBN COLECCIÓN FUTURO EN TRÁNSITO 978-958-5586-32-1**

**ISBN VOLUMEN: RESPETO 978-958-5586-40-6**

**© COMISIÓN DE LA VERDAD / REY NARANJO EDITORES 2020**

Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio, sin permiso escrito de los titulares del copyright.

## EL ACONTECIMIENTO DE LA VERDAD

Francisco De Roux

*Presidente de la Comisión de la Verdad*

UNA DE LAS PREGUNTAS CENTRALES DE LA COMISIÓN de la Verdad tiene que ver con la no repetición. De hecho, en nuestro nombre completo, estas dos palabras están incorporadas desde el inicio: Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.

Y aunque también es parte central de nuestro trabajo la investigación histórica para desarrollar nuevas comprensiones de nuestro conflicto armado, la razón de ser de ese trabajo de esclarecimiento adquiere una dimensión más honda en la medida que sirva de base para no repetir la tragedia y así avanzar hacia un país en el que se transformen las causas que generaron la violencia.

Estamos convencidos de que solo si logramos reconocer las verdades de nuestro pasado de forma abierta y plural, podremos transitar a un futuro en donde las armas no sean una herramienta para fines políticos, económicos o de ningún tipo.

Desde este punto de vista, asumimos el trabajo de esclarecimiento como un acontecimiento, como un *happening*, en donde todos los colombianos y colombianas, desde diferentes lugares y perspectivas, teniendo como faro ético el dolor de las nueve millones de víctimas, deponemos miedos, prejuicios, posiciones de poder en intereses egoístas para permitir que la verdad se abra paso entre nosotros. Como podrán imaginar, no es un proceso fácil, pero seguimos empeñados en propiciar todos los espacios y estrategias posibles para que en una suerte de *in crescendo* constante, entre la verdad en la vida pública de los colombianos desde lo cotidiano, crezca nuestra consciencia colectiva para no tolerar más lo intolerable y nos sobrecoja una conmoción positiva que nos haga pensar en un futuro en paz.

Es en el respeto de las diferencias que lograremos el futuro compartido. Estos ensayos que conforman el proyecto Futuro en tránsito, con miradas y provocaciones intelectuales diversas, nos ayudarán a profundizar en las reflexiones que tenemos que hacer como ciudadanos, planteándonos preguntas difíciles y dilemas morales que nos interpelen en un país que dejó que la guerra generara cuatro millones de desplazados, doscientos veinte mil muertos, así como miles y miles de desaparecidos y refugiados.

Confiamos en que el diálogo que se inspira en estas lecturas nos ayudará a construir desde la búsqueda de la verdad el futuro en paz y dignidad humana que se merecen las futuras generaciones de colombianos y colombianas.

## PRÓLOGO

LLEVAMOS VARIAS GENERACIONES ANCLADOS EN el mismo conflicto. Ya no es suficiente con diagnosticar la Colombia de hoy. Hay que aspirar a cambiarla, a sanarla.

Este anhelo debe partir del respeto por el otro, a quien urge dejar de ver como enemigo, esto es, carne de cañón de la política y la religión para alimentar miedos, odios y frustraciones y, en su lugar, reconocerlo —no se debería decir esto, pero así es— como un ser humano, pues con qué facilidad se suele adjetivar como un monstruo y, como escribió Paul Auster: «Si uno no considera humano al hombre que tiene adelante se comporta con él con menos escrúpulos».

Para lograrlo hay que afrontar los obstáculos que impiden superar antiguos orgullos, imposiciones sociales y culturales, indolencia y falta de compasión por el otro. Si cambiamos el chip y hacemos lo correcto, ¿emergerá una nueva virtud y una manera más íntegra y justa de respetar el dolor ajeno, reducir el sufrimiento y asumir como propias las desgracias ajenas, pero también de transformar las causas de estas desgracias que se perpetúan?

La Comisión de la Verdad invitó a 39 autores a participar en este proyecto, llamado Futuro en tránsito, que plantea la necesidad de reflexionar sobre la relación que hemos tenido con el conflicto armado interno, para generar una nueva narrativa que nos permita encontrar matices para acercarnos y comprendernos. A cada uno de ellos se le pidió escribir un texto desde su visión y experiencia particular sobre una palabra específica de 13 que son fundamentales para desentrañar y comprender la problemática actual del país.

A través de diversas labores y disciplinas, Futuro en tránsito recurrió a la pluralidad discursiva expresada en la inclusión de la mayor multiplicidad de voces. El espíritu de cada uno de estos textos es generar un diálogo que dé luces, provoque, estimule el pensamiento crítico y lleve a la reflexión individual y al debate público para entendernos mejor como sociedad, nos ayude a avanzar en este complejo proceso de superar nuestro pasado y presente de violencia y construir ciudadanía.

En este caso, se invitó al escritor Juan Álvarez, quien afirma que en las palabras no hay un solo lenguaje y en ellas se define un asunto ético crucial, y aboga por imaginar nuevas formas de existir mediante un cambio de metáforas y un pacto de respeto; al crítico de cine Pedro Adrián Zuluaga, para quien el respeto parte de darle un rostro al otro, de mirarlo antes de deformarlo o reducirlo, de escucharlo y ayudarlo a encontrar su lengua; y a la actriz y directora de teatro Patricia Ariza, que dedica su ensayo a lo que ella llama «un respeto



superior»: el respeto a la vida misma. «La vida es sagrada y el respeto y la verdad deben ponerse a su servicio», asegura.

**Alonso Sánchez Baute**

Director del proyecto



JUAN ÁLVAREZ

# Respeto y prácticas de escucha

## Nos ocurren las palabras

VIVIMOS EN UN MUNDO PRAGMÁTICO EN EL QUE LA MAYORÍA de las personas piensan que la metáfora es un recurso solo de la imaginación poética. Cuando decimos metáfora, la gente suele entender lenguaje extraordinario. Aún más: decimos metáfora y solemos suscribirnos al plano del lenguaje y oponerle al de la acción. Una cosa es «decir cosas»; otra cosa es «hacer cosas». Así nos han enseñado y así hemos aceptado que nos enseñen. La oposición entre decir y actuar estructura muchos de los escenarios de nuestra existencia, y apenas si nos damos cuenta de un hecho subyacente extraordinario: esa oposición es de naturaleza metafórica.

Las cosas son entonces más bellas y complejas: la metáfora es un mecanismo con el que construimos conocimiento

a través de asociaciones entre elementos sobre los que descubrimos similitudes, no un mero «embeleco» de la poesía. La metáfora impregna nuestra vida cotidiana y determina en ella nuestros pensamientos y nuestras acciones, es decir, no es solo un asunto del lenguaje. Nuestro «sistema conceptual ordinario», aquellas estructuras socioculturales que definen gran parte de lo que somos capaces de concebir y actuar, es fundamentalmente de naturaleza metafórica.

Para entender mejor de qué modo los conceptos con los que operamos en el mundo tienen forma de metáforas, y de qué modo se trata de conceptos que estructuran nuestra actividad cotidiana, pensemos en la noción «discutir». La manera como entendemos y actuamos el verbo discutir en nuestra vida cotidiana se refleja en la amplia variedad de expresiones que usamos: «Sus afirmaciones son indefendibles»; «atacaré sus puntos débiles»; «destruí su argumento»; «nadie lo vence en una discusión».

La noción discusión, crucial —decimos— para el avance del debate democrático, suele comprenderse en nuestra cultura en términos bélicos (defender, debilitar, destruir, vencer, ganar o perder terreno), de ahí que la cantidad de expresiones que usamos alrededor suyo hagan eco de vocabularios y estrategias de guerra. Aunque no se trata de una batalla física, hemos tejido una amalgama de sentidos y expresiones en torno a las nociones *discusión* y *discutir* que han hecho que las entendamos y las actuemos como una batalla verbal. (Apunto estos pasajes recordando

a los lingüistas George Lakoff y Mark Johnson y su libro *Metáforas de la vida cotidiana*.)

Sorprende así lo que podemos leer y reflexionar acerca de nuestra cultura y nuestra idiosincrasia a partir del análisis de la manera como nos ocurren las palabras, que es también la manera como nosotros ocurrimos en ellas y en el mundo. En las palabras no hay solo lenguaje en el sentido de un sistema de signos para la comunicación. En las expresiones con las que hablamos está cifrado nuestro sistema conceptual ordinario, es decir, en ellas se define también el asunto ético crucial de cómo actuamos en el mundo.

Todos los colombianos hemos empleado la expresión «jálele al respetico». Ese diminutivo es nuestro ADN lingüístico y esa relación de la noción «respeto» con el verbo «halar» sabemos que nos mantiene en un plano amistoso, cordial, como si estuviéramos pidiéndole al otro que trabaje en —que le jale a— su ejercicio del respeto, porque bien puede ser que se esté quedando corto.

Otro tanto ocurre en la expresión «con todo respeto», un preámbulo que suena a residuo barroco y que quizá habla de esa antigua condición colonial y vasalla en la que el sujeto del pueblo debía pedir permiso antes de dirigirse al soberano. Preámbulo también, hemos aprendido a temer entre compatriotas, de la posibilidad de la irrupción de la violencia —verbal o física—. Un amigo mexicano se lo explicaba a otro (en broma, sí, pero detrás de las bromas ya sabemos que siempre hay algo), mientras algo dentro de mí se rompía

de tristeza: «Si un colombiano empieza contigo una conversación usando la muletilla “con todo respeto”, mejor huye, porque ya mero saca el arma».

Otra expresión cotidiana me resulta odiosa: «Respete si quiere que lo respeten». Leo en ella un intercambio de intimidaciones. La expresión pretende cercanía con el principio ético según el cual «no debes hacer a otros lo que no quieres que te hagan», pero parece ocurrir a destiempo. Cuando tenemos que decir «respete si quiere que lo respeten», quiere decir que estamos ya en el escenario —casi jurídico— de los requerimientos. Hemos llegado tarde al otro, cuando ya tenemos que reclamarnos. Ya hace falta algo, ya allí hay algo roto, y el dicho actúa justamente eso que hace falta y que ya quién sabe si pueda ser respeto.

Abolir metáforas y sustituirlas por otras no es el reemplazo de un verso por otro verso. Cuando una metáfora cae, con ella cae una estructura cultural y de comportamiento porque ellas son el corazón de esas estructuras. No necesitamos la oposición entre pronunciar y actuar como no necesitamos actuar el verbo discutir en clave de guerra. ¿Cómo fundar nuevas metáforas, y con ellas existir distinto?

## **Contra las palabras en binomios**

No he podido saber si es responsabilidad de la cultura, la ideología o la propaganda, pero muchas palabras suelen

llegarnos en parejas atadas de cuyas ataduras apenas somos conscientes. Es el caso de binomios como «libertad» y «orden», emblemas textuales de nuestra República. O el caso de «fiesta» y «diversión», palabras descriptivas que dicen de nuestra idiosincrasia criolla. Se trata de binomios extendidos, y su existencia binaria suele determinar el sentido y la experiencia que tenemos de esas palabras allí atadas.

Para mi generación, crecida a la luz y amparo de la Constitución de 1991, uno de esos binomios incontestables fue «respeto» y «tolerancia». Tolerancia y respeto. Nunca separadas. Cuando niño, mientras crecía en este país en guerra, no creo haber escuchado una sola vez en la que quisiera hablármeme de respeto y este no viniera acompañado de su amiga tolerancia. Fue casi una consigna, expresión probable del credo liberal y democrático en el que mis padres creían y en el que, me parece recordar, procuraron formarme.

Con el enredo de la vida y el desmembramiento de las generaciones, fui haciéndome alérgico a las palabras en binomios. Ya no soporto esos binomios. Me confunden, me vacían sus componentes. Obligan a mis oídos al estrabismo. Me maltrata que intenten entregarme las palabras en parejas atadas porque sospecho que lo hacen para no darme tiempo de comprender qué es lo que cada una de ellas quiere decir. Hoy pido mis palabras espaciadas, una por una, cada una irrumpiendo en el mundo desde su sonoridad propia y su huella singular.

De esa atadura binaria con la que crecí, respeto es una palabra a la que le reconozco una vejez digna; no así a la

palabra tolerancia. Es una lectura larga de explicar. (El filósofo Slavoj Žižek lo hace con detalle en su libro *Sobre la violencia*.) Seré breve: sobre la idea de «la tolerancia» (más exactamente, sobre la idea de «tolerar las diferencias»), las democracias modernas occidentales construyeron un entramado de relaciones socioeconómicas donde el otro existe, donde tolero que exista, mientras esté segregado de mí; nos toleramos, decimos, pero la realidad muestra que es así siempre y cuando no tengamos que hacer parte de un espacio público común.

América Latina está hecha de barreras: rejas en las ventanas de las casas para que no se entren los ladrones; vigilancia privada en la puerta de los edificios para que no se acerquen los pordioseros; matrículas universitarias exorbitantes para que la chapa de la «educación de calidad» —privada— continúe sólida irradiando aquella burbuja transparente y aislante que nos permite observar, analizar y transformar el mundo sin tener que olerlo.

Universalizamos la tolerancia como «saludable valor democrático», la atamos al respeto para sellar esa «universalización», y resultó que aquello no pasó de ser una estrategia discursiva para preservar diferencias socioeconómicas sustanciales que a mi juicio lesionan la aspiración republicana del bienestar común. La pandemia nos cayó encima y nos probó esto: en rigor, somos membranas en proximidad; el otro no puede existir allá aislado de nosotros mismos. Tampoco nosotros mismos.



Desatado así este binomio mal envejecido de la tolerancia y el respeto, recibida sola, la palabra respeto sí retumba en mis oídos una huella de batalla justa, común.

Cuando digo respeto digo también merecimiento y digo derechos. Es decir, el respeto me encuentra con el otro en una exigencia mutua de altura. No respetamos mecánica o ciegamente. Respetamos porque nuestros oídos han sabido escuchar.

Cuando digo respeto la propia naturaleza de la noción me la restringe: todos merecemos respeto porque todos nos encontramos en la batalla común de la búsqueda y defensa de nuestros derechos, pero nadie merece respeto absoluto.

Cuando digo respeto puedo pensar en la naturaleza y en lo que nos debemos a ella, y no solo en nosotros —y nuestros egos—, criaturas insignificantes frente a los millones de años que las plantas y las aves llevan habitando y transformando este planeta Tierra.

## Primeras escuchas

Cuando pienso en el sustantivo respeto pienso también en un verbo: escuchar.

En los escenarios sociales donde existimos: la escuela, nuestra casa, también en aquello abstracto, gigante y enardecido que llamamos la «esfera pública», el acto de la comunicación suele asumirse y ocurrir como una operación del habla:

decimos algo, nos comunicamos; tenemos un reclamo, lo pronunciamos; queremos expresar nuestra opinión, la descargamos.

El problema con esta comprensión y operación de la comunicación es escalofriante: supone que solo existe una vía, la vía del que habla; o en el mejor de los casos, supone que la vía del que habla es la vía importante y «activa» de la comunicación, lo que deja a un lado, como vía «pasiva», aquella otra dimensión crucial de la comunicación que es el acto de escuchar.

Cuando un niño crece frente a nuestros ojos, lo que celebramos con algarabía son sus primeras palabras, nunca sus primeras escuchas. ¿Qué serían esas primeras escuchas? Apenas si podemos imaginarlas. Crecemos así en una cultura, en una estructura metafórica, donde hablar es lo importante y escuchar es un hecho pasivo y relegado. Crecer así es escalofriante, porque conlleva a vivir en la poca consciencia acerca de la posibilidad de escuchar mal; o a vivir ignorando el saber que existe el buen escucha. ¿Quién es, qué es, un buen escucha? Apenas sí podemos imaginarlo.

Durante siglos hemos dado por sentado que escuchar es simplemente exponernos a lo dicho. Hoy en día, nuestro propio y deslumbrante desarrollo de las comunicaciones y de la ingeniería informática parece haber profundizado la prevalencia de la comunicación entendida como un problema de «transmisión de información». Comunicarnos «mejor» ha sido desarrollado como «ampliar» los escenarios de

pronunciamiento. Quizá por eso no existe una red social basada en el escucha. Quizá por eso, aquella nueva burbuja pública, alucinante, enfermiza, descomunal, conocida como «las redes sociales», resulta cada vez más un escenario de egocentrismos rotos y aislamientos autocomplacientes.

El peligro de toda esta estructura metafórica con la que habitamos es brutal: al relegar el acto de escuchar, lo que dejamos a un lado —lo que despreciamos— es de hecho la noción crucial de la comunicación humana: nuestra capacidad de hacer sentido. Escuchar es el factor crítico del lenguaje porque es lo que confiere sentido a lo pronunciado. El proceso de la comunicación no está dirigido por la emisión de sonidos, palabras o vociferaciones; está dirigido por el sentido que se construye en quien construye sentido a partir de lo emitido por alguien. Quien escucha es quien funda y realiza el acto de la comunicación. (Desarrollo estas ideas a partir de distintas lecturas de la musicóloga Ana María Ochoa Gautier.)

Por eso los sonidos de un bosque en la noche pueden producirnos terror. Las ramas del bosque se sacuden con el viento sin ningún interés por nosotros, criaturas insignificantes frente a los billones de años que ellos, los árboles, llevan en la Tierra. El árbol no se mece para producirnos terror. Nosotros oímos terror porque hacemos sentido de esos sonidos como sonidos que pueden querer decir fieras salvajes, serpientes deslizándose, ramas cayendo u otro sinfin de miedos que sabemos imaginar.

El otro, quien queremos que escuche, responde a una estructura biológica sustancialmente distinta a un receptor que luego reproduce la información que le ha sido transmitida. El otro, nuestra criatura semejante, igual que todos los seres vivos en la Tierra, responde a un sistema sensorial que no reproduce lo que está afuera, sino que lo construye en su interior. Comprender el valor del escucha, explorar el saber detrás del buen escucha, es tan o más importante como resolver qué es lo que queremos decir. Y el mundo está hecho para que nunca reparemos en ello.

Nuestros escenarios sociales son gobernados por los que hablan. Estamos tan convencidos del pronunciamiento, como el camino del progreso, que rápidamente saltamos a los gritos. Hicimos un mundo en el que actuar el sustantivo respeto suele significar la expresión «hacernos respetar», cuando en realidad lo que nos falta hacer es mundo; un mundo, por ejemplo, donde la mejor conjugación posible del sustantivo respeto sea el verbo escuchar.

## Nuestra capacidad de hacer daño

Las palabras también conviven entre ellas, o intentan convivir entre ellas, y es cierto que existen palabras con vocaciones voraces, intranquilas, inestables como el último electrón en el último orbital de un átomo de uranio. En nuestra esfera pública contemporánea, expandida desde la popularización

de la internet y exacerbada hace poco más de una década con el nacimiento de las redes sociales, suele ocurrir que el papel de malandra irrespetuosa, de fuerza malhablada enemiga del respeto, es cómodamente asignado al sustantivo «insulto». ¿Cuál es el sueño pedagógico de la madre, si no conseguir que su niño jamás diga groserías?

Pero insulto y grosería no son el mismo tipo de fuerza, como tampoco es cierto que el insulto sea, simple y llanamente, la máquina «malandra» que erosiona el respeto. La máquina soberbia y rota que erosiona aquel «mínimo de respeto» que nuestra cultura ha dicho es el acuerdo base para el debate público y privado de ideas, somos nosotros mismos en todo nuestro ancho; es nuestra capacidad manifiesta, casi industrial, de despreciar y hacer daño.

Lo que trato de decir es simple: existimos en escenarios discursivos regulados. Somos y nos expresamos en jurisdicciones de palabras. Lo que puedes decir y cómo lo puedes decir es distinto si estás en el tribunal ante el juez, a que si estás en el aula con los compañeros o en las tribunas del estadio. En la mayoría de los escenarios de comunicación en los que convivimos, el insulto representa el riesgo de la interrupción y el fracaso de la comunicación. Quien insulta no necesariamente maltrata —la posibilidad de maltrato reside en parte también, entre otras cosas, en la autonomía de quien escucha—, pero sí, muy probablemente se expone al revés de ser excluido de dicho escenario regulado de comunicación.

Lo crucial es entonces la exclusión, y antes de ella, el problema de la asignación cómoda e irreflexiva: los prejuicios popularizados en torno al insulto —y el irrespeto— no son interrogados; al no hacerlo, nosotros, los que no interrogamos, perdemos perspectivas importantes acerca de nuestras muchas otras formas retóricas de despreciar al otro y hacer daño. También empobrecemos nuestra capacidad de leer y comprender el debate público, lleno este de politiqueros farsantes de la indignación y de estrategias del me-hago-el-ofendidísimo.

Pero ¿cuáles son esos prejuicios o asignaciones no discutidas? Aquí un resumen dinamita: el insulto como testimonio de «la vulgaridad del pueblo»; el insulto como «extravío del incapaz de mantenerse a la altura del argumento racional»; el insulto como expresión de «incultura»; el insulto como «defensa última del débil»; el insulto como «degradación necesaria del otro y de sí mismo». Todos, un día u otro, hemos actuado alguno de estos convencionalismos.

Pero estos prejuicios extendidos en torno al insulto —y el irrespeto— no los señalo para probarlos como falsos. Mucho menos para confirmarlos. Los pongo de presente porque son la manifestación, la huella, de un intento de adjudicación del insulto como monopolio de un escenario discursivo determinado: la cultura del «pueblo»; la irracionalidad del «fanático»; la escasez de poder del «débil».

Como adjudicaciones, como señalamientos de identidad y desacreditación retórica, ellos hablan de mecánicas de

relegación, es decir, marcan el rastro lingüístico de escenarios donde están siendo libradas disputas de «interlocución política», campos donde los disputantes no están discutiendo lo que unos y otros quieren y pueden dar, sino lo que les es posible desear y decir. (Este punto en particular lo tejo pensando desde el filósofo Jacques Rancière y su libro *El desacuerdo*.)

Dicho más simple: nos dicen que está ocurriendo el insulto y cortamos; asumimos directamente, sin reflexión de por medio, que allí ocurre la «falta de respeto» y punto, cortamos.

En esa actuación de exclusión, sin embargo, es mucho lo que perdemos: la rabia del otro, la indignación del otro, quizá algún tipo de dolor íntimo del otro, el posible sustrato de injusticia que emana de la pérdida de compostura del otro.

Nuestra capacidad de hacer daño verbal no queda comprendida, ni resuelta, al señalar al insulto como simple y único responsable.

Queda, por el contrario, no interrogada, y esa no interrogación sí es un vacío espeluznante, no solo porque nos convierte en sordos convencidos de estar escuchando, sino porque nos distancia del valor democrático de entender cuándo y dónde están siendo libradas batallas de interlocución política. Cuándo y dónde, y desde qué temperamentos, nosotros como colectivos en pugna democrática estamos sucediendo.

## La práctica del arte

Para fundar nuevas metáforas, para abrirnos a la tarea política y estética de imaginar nuevas formas de existir en el futuro incierto de la reconciliación y la paz territorial que estamos en la obligación moral de construir como sociedad, hay un saber humano del que podemos echar mano: la expresión artística, y más aún, esa gramática del arte entendida como práctica comunitaria horizontal.

El arte no es la confección de adornos. El arte es una fuerza transformadora. Su procedimiento de transformación empieza con su capacidad de hacer mundo: cuando una comunidad imagina y expresa eso que imagina a través de sus saberes y prácticas culturales, la realidad se ensancha y el monopolio de lo que es posible en el futuro se quiebra y se le arrebatata a las promesas comunes y tramposas de los politiqueros sueltos.

Para construir un futuro de paz, entendida esta más allá del círculo estrecho del «orden público», para que el respeto no se nos conjugue perpetuamente como «hacernos respetar», o tengamos una y otra vez que actuarlo —«con todo respeto»— como preámbulo vacío de la irrupción de la violencia, es urgente la invención y la puesta en práctica de una nueva estructura metafórica.

Un esfuerzo de invención de esta naturaleza, la chispa de una nueva metáfora para relacionarnos con las víctimas del conflicto colombiano, es lo que escucho y ocurre, por



ejemplo, en la canción «El empiezo» del compositor colombiano Edson Velandia.

El protagonista interpelado en la canción es el campesino colombiano, primer sujeto víctima incontestable de la historia de sangre y lucha por la tierra de este país. La canción arranca con un desplazamiento: el campesino en la luna.

El eco doloroso de la noción «desplazamiento» es transformado por la propia capacidad de brega del campesino, quien en poco tiempo convierte la tierra de la luna en campo fértil.

Luego viene el caer en cuenta crucial: nunca nos detenemos en sus parcelas para agradecerles el alimento que cultivan por nosotros; nunca reparamos en su geografía o en ellos, que habitan y enaltecen esa geografía; los abandonamos en la guerra y les dimos olvido.

Se impone entonces la moralidad de pedirles perdón. La canción entera es una práctica de ese perdón, lo que ocurre en la materialización de «tres presentes» que el cantante les ofrenda: una hoja escrita donde se reconocen los errores; un trago de aguardiente para el brindis; y el poner la cara del cantante que es también la canción misma y la ofrenda de su voz:

Yo miré al incendio, vi el incendio y no hice un sieso/ Pero  
aquí les traigo el nuevo empiezo/ Yo miré al incendio, vi el  
incendio y no hice un sieso/ Pero aquí les traigo el nuevo  
empiezo/

La petición de perdón es al tiempo el brindar de un «nuevo empiezo», que bien puede leerse como un pacto de respeto entendido este en clave de conversación.

Sustituir metáforas no es un reemplazo de versos. Podemos vivir el verbo discutir en claves distintas a la bélica. Podemos vivir las discusiones que tenemos como bailes y juegos y decir entonces «escúchame, porque le daré dos vueltas a tus piensos».

Claro que existe una lucha común. Es el caso, por ejemplo, de la urgencia que enfrentamos como especie ante la emergencia climática. No habrá a lo largo del siglo XXI un problema humano más relevante que la construcción de nuevos paradigmas socioecológicos capaces de transformar nuestra explotación a ultranza de la naturaleza, y bien puede ser que aquello pase por el hallazgo de nuevos pactos de respeto con la comunidad natural.

Podemos hacer un mundo donde prestemos más atención a lo que escuchamos que a lo que decimos. Claro que las palabras nos pueden ocurrir y nosotros podemos ocurrir en las palabras, en códigos distintos al daño. Podemos ser otros. Es la urgencia de las generaciones por venir. †





PEDRO ADRIÁN ZULUAGA

# La mirada del otro

## Uno

A FINALES DE AGOSTO DE 2016 SE INFORMÓ DE LA MUERTE, a causa de un infarto agudo de miocardio, del cantante mexicano Juan Gabriel. Recuerdo muy bien el momento: fue un domingo en la tarde y las redes sociales se inundaron rápidamente de canciones y de homenajes a El Divo de Juárez, en una cascada espontánea e imparable de memoria colectiva. Todos los medios de comunicación recogieron también la noticia. En la noche, fui con varias amigas a un bar donde, estábamos seguros, se seguiría escuchando su música. A pesar de ser un domingo cualquiera el bar estaba repleto de clientes que parecían venir de los lugares más diversos de Bogotá, convocados por un imán misterioso a una ceremonia improvisada que disolvía distancias de clase social, color de piel o educación.

Por esos mismos días, como saben, se discutía abiertamente sobre las negociaciones de La Habana entre el Gobierno colombiano y la guerrilla de las FARC, pues en poco más de un mes el acuerdo entre las partes iba a ser sometido a un plebiscito con el fin de que los propios ciudadanos colombianos lo rubricaran. Muchas de las conversaciones en aquel tiempo terminaban invariablemente, y con optimismo, en el inminente final de una guerra y en el nuevo país que saldría de este trance.

Esa noche de domingo —28 de agosto—, una de mis amigas, sorprendida por el ambiente de camaradería que se vivía en el bar, y por cómo sucedían las conversaciones entre personas que ni siquiera se conocían, comentó que Colombia se aproximaba a un tiempo en el que, por fin, nos miraríamos a la cara con gestos francos de confianza, como si el otro no fuera ya un enemigo potencial, sino alguien digno de ser visto y por tanto escuchado en su singularidad. Sentíamos una gozosa mezcla de seducción y distensión: habitados por un tiempo fronterizo entre un pasado que no se había ido del todo y un futuro que aún no llegaba. Un momento irrepetible. ¿O estábamos, sin saberlo, dentro de un espejismo?

Y es que luego pasó lo que también ya sabemos: el 2 de octubre, por una minoría mínima, el No se impuso sobre el Sí en el plebiscito por la paz. Muchos de quienes votamos Sí nos preguntamos entonces acerca de aquello que no fuimos capaces de ver bien; se nos hizo evidente que algo de la singularidad de los otros, de sus razones y sentimientos, se nos

había escapado, o que supusimos a ese otro como una ficción que poco tenía que ver con lo que realmente era. Recuerdo intensamente los días posteriores a ese domingo electoral. El dolor vivo que producía salir a las calles y ver en cualquier persona a un extraño, cuando no a un enemigo que, movido por un impulso que tampoco entendíamos, había sido capaz de negar con una acción tan simple como depositar un voto, la esperanza de un cambio para Colombia.

Esos días siguientes fueron de bajar los ojos ante el portero del edificio; de sentirse avergonzado frente al dueño de la tienda de la esquina, que antes suponíamos tan cercano o familiar; de quedarse en blanco en mitad de la exposición de una clase, como si las palabras ya no comunicaran lo que uno creía, o su sentido fuera una farsa; de medir con cuidado el lenguaje para la interacción social o, por el contrario, de insultar de forma desmedida. De escabullirse, en fin, con tal de no reconocer, en la mirada del otro, la señal de una traición que no previmos.

## Dos

Respeto. ¿Qué significa esta palabra tan ajetreada por su uso? Acudo a la vieja costumbre de los diccionarios y las etimologías con la ilusión de encontrar alguna claridad o sentido. El diccionario en línea de la RAE arroja, en sus dos primeras acepciones, lo siguiente:

1. m. Veneración, acatamiento que se hace a alguien.
2. m. Miramiento, consideración, deferencia.

En su octava acepción, dice: «m. pl. Manifestaciones de acatamiento que se hacen por cortesía». El mismo diccionario informa que la palabra respeto proviene del latín *respectus* (atención), (consideración). La palabra latina se compone del prefijo *re*, que combinado con verbos señala un movimiento hacia atrás; del verbo *speciō* (mirar), y del sufijo *tus*, que forma sustantivos masculinos e indica la acción del verbo. Así pues, *respectus* es la acción de volverse para mirar atrás. También es miramiento, que no es otra cosa que medir el impacto de lo que se dice o se hace, procurando no hacer daño.

Reconozco, en la definición de diccionario o el indicio de la etimología, una limitación, algo sugerente pero insatisfactoria: el peso demasiado grave de volver la mirada y la consecuente disminución de la capacidad de mirar al frente. ¿Se pueden hacer las dos cosas al tiempo? ¿Es posible mirar atrás con el fin de reconocer la trayectoria de algo o alguien —es decir, de saber de dónde viene—, y al mismo tiempo mirar el presente, a aquello después del presente: lo que las cosas y los seres son aquí y ahora?

Vuelvo al episodio del bar en el que todos creíamos estarnos mirando, pero donde tal vez solo nos fijábamos en una aparición instantánea de las personas o en un momento de su trayectoria: esa noche con sus fulgores y sus anhelos.



Nos faltó quizá interrogar los ojos de esos otros hasta convertirlos en pantallas transparentes como la Alicia de Lewis Carroll que, una vez, mientras medita sobre cómo será el mundo al otro lado del espejo de su casa, comprueba que puede pasar a través de este y descubrir por su propia cuenta ese espacio hasta entonces desconocido.

No tuvimos la curiosidad suficiente —la de una niña— para atrevernos a saber quiénes eran aquellos extraños, además de presencias sentadas alrededor de las mesas de un bar, recordando a un poeta de la música popular. Tal vez fue lo mismo que nos faltó para reconocer a ese vecino o persona hasta entonces familiar que votó No en el plebiscito. Habría sido en ambos casos un engaño producto de una desatención en la mirada, el resultado de una ojeada deficiente.

## Tres

Antes de empezar a escribir este texto les pregunté a algunos amigos cercanos qué evocaba en ellos la palabra respeto. No quería una definición teórica sino la captura y la transmisión de una experiencia en la que se hubiesen sentido respetados, o su contrario: molestos por una falta de consideración ajena. Lo que me sorprendió de las respuestas fue darme cuenta de que en ninguna de ellas el respeto quedaba reducido a una fórmula de cortesía; el respeto —según los amigos que respondieron— trascendía la caparazón de las buenas

maneras, que son su forma convencional pero no su esencia. Incluso, las solas buenas maneras eran consideradas por algunos de ellos como un engaño: el camino para eludir el acercamiento respetuoso o para volver el respeto una mecánica rutinaria y paralizante.

Uno de ellos me respondió que se consideraba irrespetado cuando le hablaban sin mirarlo a los ojos. Empecé a recordar mis propias experiencias: funcionarios que cumplen sus tareas burocráticas o recitan sus fórmulas sin percatarse siquiera de a quién tienen enfrente, meseros y clientes de cafés y restaurantes que transan servicios sin dedicarse ni siquiera un gesto de curiosidad, médicos que miran a la pantalla de un computador y no al paciente. Y ni que decir de todos los dispositivos que nos hemos inventado para interponer barreras de protección bajo la disculpa de la seguridad, por ejemplo, las ventanillas clausuradas que dan acceso a oficinas o empresas, los vidrios polarizados, las gafas oscuras para esconder una expresión delatora en los ojos, y un largo etcétera.

¿De dónde viene esa pulsión por no mirarnos o ese miedo al rostro del otro? ¿Qué tememos encontrar en él? Lo que a mí me molesta de no ser mirado es una especie de sospecha de ser reducido a una función, a un trámite, a la cifra de una estadística. Pensar —o al menos sospechar— que no afecto la vida del otro en ningún sentido y que por tanto soy reemplazable, prescindible, eliminable. Verme reducido a ser una aparición sin historia, un fantasma desencarnado.

## Cuatro

A pesar de que suele ridiculizarse, quizá haya otras cosas, además del arribismo evidente, en una expresión como «usted no sabe quién soy yo». Tal vez si aislamos la frase de los contextos de personas ansiosas por confirmar una superioridad social, la exigencia torpemente formulada de que sepan quién soy yo, es decir de dónde vengo, es un grito para que nos miren no solo en el presente de nuestros actos, sino en la trayectoria que nos ha traído hasta aquí, el presente donde ocurre un determinado encuentro o transacción. Es como si el respeto, que según las etimologías es la acción de mirar atrás, lo tomáramos como algo que nos precede, la contraseña de nuestras relaciones o la condición mínima para nuestro estar en el mundo. Violada esa regla básica quedaríamos abocados a las más primitivas de las violencias: «Lo maté porque me faltó al respeto». Algún otro no me consideró, no reparó en mi historia, pasó por encima de mí, cometió la falta imperdonable.

En estas expresiones hay algo que insiste: el sentimiento de que alguien cometió la indelicadeza de no hacerse las preguntas básicas, las obligatorias a cualquier comunicación: ¿quién es usted que está aquí al frente? ¿Cómo se llama? ¿Quiénes son sus padres? Y, más complicado aún, ¿hacia dónde va? ¿Cuáles son sus expectativas? ¿Quién o qué lo espera? Parece que esa conjunción de tiempos y de miradas es lo que se necesita, como escribiera el italiano Cesare

Pavese, «para que la propia carne valga algo y perdure un poco más que un simple cambio de estación». Entiendo que todo esto luzca como una cadena de exigencias incumplibles; pero, así como solo se puede perdonar lo imperdonable, según lo sugirió Jacques Derrida, lo único que vale la pena pedir es lo imposible.

Hay un filósofo lituano de origen judío que se afincó en Francia. Se llama Emmanuel Lévinas (1906-1995) y estuvo, durante la Segunda Guerra Mundial, en un campo de concentración alemán en el que gran parte de su familia fue asesinada. En la economía de los campos de concentración (o al menos es lo que se cuenta del más famoso de ellos, Auschwitz) las personas al llegar eran fotografiadas de frente y de perfil. La foto no operaba como un reconocimiento de la identidad de la víctima sino como el principio de la anulación de la misma, su entrada a un inventario y una macabra contabilidad. Un triunfo de la burocracia y de la eficiencia, de la despersonalización.

Evoco aquí a Lévinas porque él invierte la cuestión de la que vengo hablando: estimula a abandonar la demanda y la lucha para que nos vean e invita a dar un paso hacia adelante: asomarnos al abismo del otro, mirarlo sin esperar que corresponda a la mirada que le otorgamos. Lévinas pide no solo ese radical desprendimiento de la exigencia de que el otro nos reconozca (él, claro, no fue reconocido en aquel campo de concentración donde estuvo), en la que se ha basado la noción común de respeto; trastoca los términos: ser uno quien se

doble. Hacerlo ante el otro, ante su rostro —volveremos a esta indignancia, pronto—. Un tipo de prosternación como la de Raskólnikov, el personaje de *Crimen y castigo*, frente a Sonia, la jovencísima prostituta, su amiga: «No me arrodillo ante ti —le dice Raskólnikov— sino ante todo el sufrimiento humano».

## Cinco

He hablado de mirar y de tener miramiento —para no hacer el daño que se puede evitar— como acciones que fundan el respeto. Supongo que también se trata de escuchar, de ver con los oídos, de sentir el parloteo múltiple o el balbuceo simple de lo que alguien, cualquiera, tiene para decir. De ayudarle a ese alguien a encontrar su lengua. He encontrado ese tipo de escucha atenta en la obra de muchos artistas, pues el arte es una de las mejores maneras para llegar a lo complejo, al volumen y profundidad donde se amontonan los tiempos, experiencias, razones y deseos de una persona. Víktor Shklovski, un crítico literario ruso, escribió a principios del siglo xx: «He aquí que, para recobrar la sensación de vida, para sentir los objetos, para sentir que la piedra es piedra, existe lo que se llama arte». Y también para sentir a los sujetos.

El periodismo y otras ciencias sociales, con frecuencia, nos han enseñado a escuchar. Ahí está esa recolección de voces y testimonios de un Alfredo Molano, por ejemplo.

Sus libros y reportajes audiovisuales han labrado la memoria de larga duración de nuestros conflictos sociales y políticos. Gracias a la lectura o la mirada de otros, las vidas detrás de las voces recopiladas por Molano dejan de estar inmovilizadas en el silencio o el olvido; el sufrimiento y valentía que transmiten estas experiencias recogidas en libros o documentales pueden producir un movimiento ético: que no sea necesario haber vivido el sufrimiento para inclinarse ante él. En Molano, como en Víctor Gaviria, está esa escucha atenta. En estos dos científicos sociales el método —científico— es la apertura a la palabra del otro. A través del lenguaje de los personajes de sus películas, construido con los actores que las interpretan, Gaviria restituye a estos sujetos de sus ficciones y, de paso, a los sujetos en los que se inspiran, a una tradición y una cultura; les otorga un lugar en la corriente aparentemente incomprensible de los hechos y los redime con su peculiar forma de justicia poética.

¿Podemos trasladar la atención intensa del arte, y a veces del periodismo, a la vida cotidiana?

## Seis

Una ética del rostro —o algo parecido— está formulada en el pensamiento filosófico de Lévinas. El modo por el cual se me presenta el otro es el rostro, dice. Y agrega, en

*Ética e infinito*: «La mirada es conocimiento, percepción. [...] el acceso al rostro es, de entrada, ético». El rostro es la fuente de un despertar ético que invita a trascender lo ético, llevándolo hasta sus últimas consecuencias. La ética que Lévinas funda en el rostro no es racional: es una epifanía y una revelación que aviva una responsabilidad infinita con el otro. Analía Giménez Giubbani escribe: «Lévinas insiste en el carácter vulnerable del rostro —la parte más desnuda del cuerpo—, y examina cómo esta ausencia de protección se impone a quien lo mira a la vez como una invitación al asesinato y como una absoluta prohibición de ceder a tal tentación».

La suma miseria del rostro se revela como un mandato, la desnudez e indigencia de este rostro es su señorío, uno que me ordena no matarlo. Dice Olivia Navarro: «Emmanuel Lévinas concibe el homicidio no solo como aniquilación física [...]. Matar al otro implica eliminar y/o neutralizar su alteridad en todas sus variantes posibles». No aniquilar ese rostro no es suficiente como trastorno ético radical; Lévinas habla de hacerse responsable de quien porta ese rostro. Es, entonces, mucho más que un reconocimiento. El reconocimiento aparece, en la *Fenomenología del espíritu*, de Hegel, como una condición de lo ético. Pero el filósofo alemán lo piensa en términos recíprocos: cada uno viendo al otro como su igual. En Lévinas el otro, por el contrario, me ordena desde su altísima pobreza. Ese es el quiebre, la belleza de lo absurdo, el mandato escandaloso que rompería el círculo de las compensaciones.

Algunas películas colombianas contemporáneas han propuesto una pedagogía del reconocimiento del otro como aquel a quien debo salvar. Por ejemplo, *Matar a Jesús* (Dir. Laura Mora, 2017) o *La sombra del caminante* (Dir. Ciro Guerra, 2005). La primera empieza con el asesinato del padre de la protagonista, y con la oscura demanda de reparación que esa muerte desencadena. La hija, la huérfana, se acerca entonces al asesino, que se llama Jesús. La proximidad le va mostrando la humanidad de ese que, de lejos, es solo un verdugo. Visto de cerca aparecen su tragedia, desamparo y soledad. La enorme vulnerabilidad de un hombre predestinado para la muerte y, sin embargo, capaz de ternura y de cuidado, necesitado de amor. Entonces el mecanismo de la venganza se desactiva. Emerge un Jesús que, al ser mirado por nosotros los espectadores, a la par que por la protagonista, queremos salvar. La película de Mora nos ofrece la posibilidad de participar de una revelación ética que amplía nuestra estatura emocional y espiritual; trascendemos con ella más allá de la implacabilidad del castigo.

La primera película de Ciro Guerra, estrenada en pleno debate por la desmovilización de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) y la posterior Ley de Justicia y Paz, se permite imaginar a dos víctimas del conflicto armado colombiano que se miran cara a cara, en los términos que suscribe Lévinas; en sentido estricto son una víctima y su victimario. Pero lo que la película muestra es que lo que une a estos dos hombres en los márgenes de Bogotá, a donde



han sido expulsados, es más firme y arcaico que aquello que los separa: un futuro proscrito, un pozo común de soledad y desamparo. Y todo ocurre porque se miran, como se mirarán después los dos protagonistas de *Matar a Jesús*.

## Siete

Es el rostro del otro, como resumen de la totalidad de su vida, lo que nos haría detenernos, tener miramiento, pensar antes de caer en la tentación de deformarlo o reducirlo a su solo aparecer en un momento. Colombia está enferma de mismidad, y solo la provocación y multiplicación del encuentro con lo diferente podría evitar que se perpetúe el ciclo de nuestras violencias cuyo origen tal vez sea, en última instancia, el miedo a ese extraño cualquiera y múltiple, convertido en monstruo por la distancia que hemos interpuesto para no verlo y, por tanto, irrespetarlo.

Como sujeto social, yo actúo en un marco muy limitado de interacciones: escribo, hablo en algunas clases, me encuentro con conocidos y amigos. Nada más, pero tampoco menos. Hace muchos años fui invitado a un programa de la mañana en la televisión local de Medellín. Yo trabajaba en una sala de cine del centro de la ciudad que por esos días era sede de un festival cinematográfico. Estuve en el programa para hablar de las películas e invitar al público a que fuera a ellas. Uno de los presentadores dijo, al aire —en una emisión en

directo—, que lo bueno de ir al centro de Medellín era que siempre existía la posibilidad de encontrar gente como uno. Yo me aventuré a objetar su bienintencionado discurso; se me ocurrió que, por el contrario, lo mejor de ir al centro de una ciudad es encontrar lo distinto a uno.

Lévinas cree que el mal consiste en no despertar frente al otro, es decir, negarse a acoger su indignancia. Mientras escribo esto me siento en un lugar incómodo: en el autoengaño de quien prescribe algo a los demás que está lejos de cumplir en su propia vida. A quienes han llegado hasta aquí, en la lectura de este texto, les solicito que dejen de pensar que soy yo quien hablo. Habla quien quisiera ser mi sueño de volverme otro, uno mejor. Confío en el otro para volverme él y, a su vez, para que ese él se convierta en otro frente a otro, en una cadena de remisiones: una suerte de transmigración de responsabilidades. Ansío recibir un don posterior al desprendimiento: tener la certeza de que la mirada de bondad y salvación que yo podría dar al otro no se devuelva hacia mí, sino que vaya dirigida al siguiente. Y así, claro, yo también sería redimido por la mirada de alguien, quien se haría cargo de mi historia y mis memorias, de mi desamparo. Ya no habría memorias personales e intransferibles, sino una memoria y una historia en perpetuo desplazamiento, intersubjetivas, sin dueño. El respeto no consistiría en mirar atrás sino adelante y al lado, con suma atención, seguro del miramiento de quien viene detrás y cuida de mí. ‡

## Fuentes

- ✦ Carroll, Lewis. (2011). *Alicia a través del espejo*. Madrid, Alianza Editorial.
- ✦ Derrida, Jacques. (2017). *Perdonar lo imperdonable y lo imprescriptible*. Santiago de Chile, LOM Ediciones.
- ✦ Dostoievski, Fiódor M. (2016). *Crimen y castigo*. Barcelona, Planeta.
- ✦ Gaviria, Víctor (1983). «Mi tío Miguel» en «El campo a fin de cuentas no es tan verde».
- ✦ Giménez Giubbani, Analía (2011). «Emmanuel Lévinas: humanismo del rostro» en *Escritos*, vol. 19, No. 43, julio-diciembre.
- ✦ Hegel, Georg Wilhelm Friedrich. *Fenomenología del espíritu*. Valencia, Pre-textos.
- ✦ Lévinas, Emmanuel. *Ética e infinito*. Madrid, Machado Libros.
- ✦ Navarro, Olivia (2008). «El "rostro" del otro: una lectura de la ética de la alteridad de Emmanuel Lévinas» en *Contrastes. Revista internacional de filosofía*, vol. 13.

✦ Pavese, Cesare. *La luna y las fogatas*. Valencia, Pre-textos.

## Películas

✦ Ramírez, Diego; Zito, Alex; García, Juan Pablo; Rey, Ignacio; Zimmerman, Maja y Mora, Laura. (2017). *Matar a Jesús*. Colombia: 64-A Films, AZ Films.

✦ Osorio Gómez, Jaime y Guerra, Ciro. (2005). *La sombra del caminante*. Colombia: Ciudad Lunar Producciones.

## Recursos en línea

✦ Real Academia Española: Diccionario de la lengua española, 23.<sup>a</sup> ed., [versión 23.3 en línea].





PATRICIA ARIZA

# Respetar la vida

Si se respetara la vida,  
todo lo demás podría ser respetable.

QUIZÁ LA DEFINICIÓN MÁS COMÚN DE RESPETO ES AQUELLA que se aproxima a la consideración. Son sinónimos de respeto: admiración, adoración, amor, culto, devoción, estima, fervor, idolatría, pasión, veneración, decencia, decoro, dignidad, estimación, honor, honorabilidad, honra, nobleza, respetabilidad, reverencia, obediencia, consideración y estima. Explicaré a continuación las ideas y acciones que no respeto y porqué. Eso no significa, de ninguna manera, que pretenda hacerle daño a quienes predicán o llevan a cabo actos que surgen de estas ideas y ofenden la dignidad humana, pero sí que actuaré, de manera no violenta, en defensa de quienes son objeto de sus ofensas y agresiones.

No respeto el racismo, la homofobia, la misoginia, el machismo, el fascismo ni las acciones de odio y exclusión. No respeto las guerras en nombre de la democracia, no

respeto los ejércitos que voltean sus armas contra el pueblo, no respeto a los violadores ni a los machistas que callan, o pretenden callar a las mujeres y las estigmatizan, ni a los que consideran la diversidad sexual como anormal. No respeto a los depredadores de la naturaleza. No respeto el modelo neoliberal que convirtió el humanismo en mercancía y les cambió el sentido a las palabras. Puso el mercado por encima de la libertad y la vida. No respeto a quienes usan la palabra respeto desde el poder para conquistar escenarios y espacios públicos donde se sienten con el derecho de plantear que cualquier idea diversa o crítica a sus planteamientos es una polarización o un «irrespeto».

Estas ideas retrógradas nacen de doctrinas que, a fuerza de imponerlas aprovechando el poder, se convierten en hábitos y costumbres y permean el imaginario de la sociedad. Por ejemplo, la Doctrina de Seguridad Nacional que declaró como «enemigo interno» primero a la izquierda y después a la oposición, y que construyó a su alrededor un universo de falsedades que permitieron los ataques y, en muchos casos, el exterminio de partidos políticos, comunidades y liderazgos; ideas dañinas porque se basan en descalificar al adversario; y, como se sabe, la palabra crea realidades: primero se deslegitima a una persona en el lenguaje, a un grupo o a un movimiento político y, luego, es relativamente «fácil» declararle la muerte política o aniquilarlo con poca resistencia social. La historia reciente de Colombia está plagada de deslegitimaciones.



## El lenguaje

Alrededor de la palabra respeto existen muchas trampas en el lenguaje y en las acciones. Por ejemplo, se impone la idea de que ser tolerante es admitirlo todo, y que debatir es «polarizar». Se trata más bien de, en nombre de la no polarización, permitirle a un patriarca depredador y violento ocupar cargos públicos, ser elegido y abrirle los medios de comunicación para que su discurso y sus acciones se abran paso en el imaginario de la nación.

## Respeto vivido en la creación

He vivido el respeto de una manera singular ya que hago parte de un grupo de dedicación sistemática a la creación: el Teatro La Candelaria, donde practicamos la creación colectiva, un proceso complejo de creación en grupo a partir de tramitar las divergencias. Hemos permanecido juntos y juntas por muchos años y lo hacemos porque tenemos una narrativa que nos une, no porque pensemos igual, sino porque tenemos un objetivo mayor, una causa que nos hace sobrepasar todas las adversidades y ser capaces de debatir los argumentos hasta el fondo. Creemos que a las personas y grupos que permanecen juntos los une algo más allá de sí mismos. Si tomamos el ejemplo de Don Quijote, un personaje que pone la mirada en la utopía del amor y la justicia

mucho más allá de lo posible, es eso lo que le permite, después de cada caída, emprender de nuevo hazañas inimaginables. En el arte y en la ciencia es más importante lo que se busca que lo que se sabe. Y esa búsqueda está por encima de las dificultades de cada día. Es como si las relaciones y los debates estuvieran precedidos de un relato mayor.

## **Del irrespeto a la barbarie**

El irrespeto lo he vivido de manera constante como activista social que soy. He dado una gran parte de mi vida por la paz. Fui una de las fundadoras de la Unión Patriótica, un movimiento político contra el que se cometió un genocidio que fue mucho más allá del irrespeto, pero que comenzó por ahí, por su deslegitimación en el lenguaje, por la acusación de que este movimiento hacía parte de la insurgencia, por condenarlo ante la suposición construida deliberadamente de que combinaba todas las formas de lucha. Estas acusaciones, difundidas permanentemente en los medios y en los relatos de la dramaturgia de las telenovelas, fueron deslegitimando la Unión Patriótica y a sus líderes y lideresas hasta que comenzó la matanza. Se pasó del irrespeto a la barbarie y de la barbarie al genocidio de cinco mil civiles desarmados.

Permitir el irrespeto en el lenguaje es abrirle paso a la estigmatización. Una vez señalada la persona, acusado un grupo, calumniado un movimiento, se abre el camino para su

eliminación. En este país la confrontación armada, la corrupción estructural y el narcotráfico han generado una verdadera degradación cultural, un cambio profundo en el modo de ser y de pensar de los colombianos y colombianas. Es que son demasiadas veces que la gente constata las injusticias, tantas veces que se comprueba la impunidad, tantas veces que se muestra a los y las gobernantes en actos de corrupción y a pesar de las evidencias nada parece cambiar. Las nuevas élites continúan impasibles manejando el Estado.

Por otro lado, son muchas también las veces que hemos estado al borde de dar un salto cultural y político. Con la U.P. parecía que por fin iba a ser posible que en este país existiera una oposición, y que además esta tenía la posibilidad cierta de abrirle camino a la paz, pero se produjo el genocidio y se frustró esa esperanza en los años ochenta.

## Acuerdos de paz

En este siglo se llegó mucho más lejos. Se construyeron durante cinco años unos acuerdos que quizás hayan sido y son la carta de compromiso con el mayor de todos los valores: la vida. Una carta en la que adversarios de cincuenta años de confrontación acuerdan la finalización del conflicto armado, la confrontación armada a respetar la vida, garantizar el acceso a la tierra y el derecho político de ejercer la oposición. Y de nuevo, como si estuviéramos condenados a cien años de soledad, se reinicia la violencia

y se incrementan el narcotráfico y, de manera exponencial, la matanza de líderes, lideresas y excombatientes firmantes del acuerdo de paz. Frente a esto, no podemos menos que preguntarnos ¿dónde está el respeto a la palabra empeñada? ¿Dónde?

## Relato nacional

La construcción cultural de los acuerdos de paz pudo haber sido el relato nacional que Colombia necesita; pudo y todavía puede ser una historia hecha mito que se comparta con toda la sociedad y sea parte de la identidad como el territorio mismo. Pensemos en Francia con la Revolución francesa, en Perú con Tupac Amaru o en Italia con Giuseppe Garibaldi. Los colombianos y colombianas tenemos un territorio común compartido, pero un relato de nación fragmentado y roto por el desafecto y la violencia. Un relato nacional de la paz haría que nos sintiéramos, todos y todas, parte orgánica de un rizoma común, que pudiéramos tener una imagen de lo que somos y de lo que queremos ser. *Cien Años de Soledad* nos lo dice con hondura, Macondo fue condenado a la soledad por las guerras y por la peste del olvido.

Nuestro territorio es una especie de arena movediza porque los campesinos que cultivan la tierra no han podido asentarse, nunca han tenido sosiego. La historia del territorio en Colombia ha sido, y es, la historia del despojo violento y del

desplazamiento. Este país es modelo en el enriquecimiento por desposesión.

## Los acuerdos de paz

Con la firma de los acuerdos de paz estuvimos a punto de lograr un verdadero salto histórico, político y cultural. Este acontecimiento pudo haber cambiado el rumbo de la historia de Colombia y convertirse en el sentido de pertenencia común que necesitamos. Pero luego de los acuerdos suscritos comenzó, de manera innecesaria, su refrendación. Los enemigos de la paz vieron allí su gran oportunidad y emprendieron una campaña en su contra, utilizando los púlpitos de las iglesias cristianas y los medios de comunicación. Muchos de los discursos estaban sesgados y se intentó hacer trizas la carta suscrita. El mundo entero se asombró, ¿cómo podía existir un país que le dice NO a la paz? Y sucedió lo más grave: sacaron la paz del corazón de mucha gente y el imaginario nacional se volvió a llenar de desconfianza e incertidumbre.

## Cumplimiento del acuerdo

La paz es un bien mayor cuya defensa va más allá del respeto. Es la base sobre la cual se puede reconstruir una narrativa para que recuperemos la confianza en el futuro.

El mundo se asombró ante los avances conceptuales y metodológicos del acuerdo de paz porque se centró en la reparación a las víctimas. Cumplir con el acuerdo, que hace parte de la Constitución nacional, sería el mayor de los respetos para los tiempos que corren.

Fue construido paso a paso durante cinco años, no solo entre adversarios. Se contó también con decenas, centenares de personas y de representantes de organizaciones sociales que asesoraron el proceso. Incumplirlo es abrirle el paso a la guerra y a la violencia.

## **Respeto y resistencia**

Existen muchos ejemplos de resistencia en las comunidades y en algunas ONG que se adentran incluso en territorios tradicionalmente tomados por la guerra y la violencia, por paramilitares y narcotraficantes. Ellos y ellas han abundado en prácticas relacionales profundamente singulares y humanistas. Estos ejemplos se dan, la mayoría de las veces, a través de experiencias artísticas y culturales.

Existen decenas de ejemplos de experiencias verdaderamente transformadoras. Entre ellas están, por ejemplo, Las Magdalenas por el Cauca, un colectivo que repara las víctimas de la masacre de Trujillo desde procesos culturales colectivos por medio de performances poéticas; el Festival Selva Adentro, una hazaña hecha entre jóvenes

artistas y arquitectos con firmantes del acuerdo de paz en medio de la selva que construyeron juntos y juntas un teatro de guadua en cincuenta y cinco días que se convirtió en centro cultural de su municipio y ha permitido juntar a los excombatientes con los habitantes de los municipios vecinos. Las costureras de Mampuján, que por medio del bordado y de los alabaos logran relatar lo sucedido a la vez que cantan bullerengues. Y el trabajo artístico con las víctimas que realizamos desde la Corporación Colombiana de Teatro.

## **Territorio común**

Si se respetaran bienes superiores como la vida, la paz y la libertad de expresión quizás podría existir un terreno común, un relato de nación. Si se lograra tener una imagen compartida y respetable del Estado quizás habría la autoridad moral, desde el Gobierno que lo representa, de llamar a la ciudadanía y conminarla al respeto. Pero eso no ha sido posible porque el Estado ha ido dejando paulatinamente de ser o de representar el modelo en el cumplimiento de la ley y de la justicia y el bienestar de la sociedad. Por el contrario, en los tiempos del neoliberalismo el Estado fue disminuyendo su poder y sus funciones como garante de los derechos fundamentales y los fue reemplazando por el autoritarismo.

## La justicia

A pesar de los grandes esfuerzos de la JEP y de la Comisión de la Verdad, así como de una parte enorme de la opinión pública de los colombianos, la justicia no se logra. Continúan la matanza, la impunidad, el saqueo y la corrupción. Los enemigos de la paz comenzaron a construir un contra-relato, en el que estamos inmersos y que no nos deja ver con claridad la salida.

Frente al asesinato de líderes y lideresas, por ejemplo, y ante la falta real de justicia, mucha gente se acostumbró a decir: «Por algo sería». Y lo dicen porque las veces que las organizaciones de Derechos Humanos, tanto nacionales como internacionales, preguntan al Gobierno por estos asesinatos sistemáticos se escuchan respuestas como: «Fue por un lío de faldas» o «son riñas de familias» o «son retaliaciones de los narcotraficantes». Y, en esas ya van más de quinientos líderes y lideresas y cerca de trescientos excombatientes firmantes de la paz asesinados.

## De la guerra a la paz

Estamos en un tránsito lento y doloroso de la guerra a la paz, un tránsito con retrocesos. Es que han sido tantas las ofensas, tantas las violencias y tantos los duelos, que tenemos obligatoriamente que convivir en medio de una



disputa hasta que se calmen las aguas. Este tránsito está siendo muy doloroso por cuanto está mediado por la violencia. Algunos creen que lo mejor es sembrar la convivencia entre víctimas y victimarios a partir del olvido. Nada más peligroso. No se puede meter la sangre debajo de la alfombra. Es necesaria la verdad como reparación. Pero esa verdad, en un país lleno de incertidumbres es muy difícil. Necesitamos prepararnos para escucharla y la mejor manera es recuperando la utopía, una utopía renovada que incluya la naturaleza.

Son tiempos hostiles para la vida. Algunos hablan de una crisis civilizatoria, pero yo creo que es una crisis planetaria. El neoliberalismo no es como lo pintaron. En estos tiempos de pandemia quedó el modelo al desnudo y lo que deja en su estrepitosa caída es el peligro de extinción de la vida y de la naturaleza. Más allá del respeto, de lo que se trata es de salvar la vida en el planeta. En realidad, el virus al que se responsabiliza de todo no es la pandemia. Ese es el síntoma. La verdadera pandemia es el modelo neoliberal. Si no se respeta el bien mayor que es la vida humana, ¿qué sentido tiene el respeto?

## Contexto

Lo más respetable, lo que merece verdadera reverencia son la vida y la naturaleza y las dos están en peligro. Y no

están en peligro a causa de catástrofes naturales o planetarias. Están en peligro a causa de un modelo depredador que ha llevado al planeta a un posible no retorno. Por eso, todo lo que hagamos debe dirigirse a salvar la vida y la naturaleza.

En Colombia, además de este contexto que lo podemos definir como apocalíptico, estamos viviendo una época compleja y de incertidumbres. El incumplimiento de los acuerdos ha generado una situación de violencia de la que creíamos estar saliendo. Decenas de exguerrilleros firmantes de los acuerdos están siendo asesinados y otros se regresaron al monte, además, grupos como el ELN se han fortalecido. Igualmente han crecido los carteles de la droga. Podemos afirmar, por las cifras de muertos y de las masacres, que estamos de nuevo ante una situación de recrudecimiento de la violencia que es el caldo de cultivo para la guerra. Por eso, en este tiempo y en este país, es necesario y urgente regresar a los sentimientos primordiales como son la defensa de la vida y de la paz. Es necesario volver a creer que la vida merece el mayor de todos los respetos y la mayor de todas las reverencias y consideraciones. Pero para vivirla, para disfrutarla, se necesita la paz.

Parece simple hablar así, pero se han endurecido los sentimientos y se han naturalizado las muertes. Parecería que de tanto que sucede, de tantas noticias, masacres, sobresaltos y tumbas, el ánimo de la nación se ha resentido y muchos han terminado por creer que eso hace parte de nuestro destino. Y no es así, las víctimas nos han enseñado a convertir el

dolor en fuerza y en resistencia, nos han abierto el camino a la esperanza.

Hoy, en plena pandemia, estamos en un estado de derrumbamiento colectivo, pero también de resistencia. Ver en decenas de videos a la policía disparando contra jóvenes desarmados nos hace sentir impotentes e indignados. Es como si regresáramos al lugar donde nace la muerte, como si estuviéramos en un lugar sin límites. Y no puede ser así. Necesitamos llegar todos y todas al lugar donde consideremos insoportables estos hechos. No sabemos con exactitud dónde queda ese lugar, quizás quede aquí mismo en este suelo bajo este cielo. Lo único que sabemos es que tenemos que estar juntos y juntas. Sabemos también que es posible, pero que hay muchos palos en las ruedas, mucha sangre y mucha impunidad.

Recorrer ese camino no es ir hacia adelante sino hacia el fondo del alma de la nación. Construir un respeto por lo que hemos sido y llegar con todo lo que somos, queremos ser, anhelamos y repudiamos, llegar a ese lugar que tiene nombre de paloma pero que no está en paz y se llama Colombia.

## **No todo está perdido**

Existen muchos ejemplos donde la gente se respeta de verdad porque tiene causas comunes, utopías compartidas, sueños por un mundo mejor. Y construyen, construimos,

juntos y juntas, esos sueños. En este país existe, por ejemplo, gente que siembra árboles de manera obsesiva para ayudar al cambio climático, que cree en el arte para cambiar el mundo, que realiza hazañas asombrosas para salvar a otros. Entre ellos y ellas hay respeto. Un respeto profundo porque nace del debate de ideas, no del conformismo ni de la sumisión. De esos lugares de la resistencia nunca saldría la frase «usted no sabe quién soy yo», sino, tal vez, queremos que ustedes sean un nosotros.

Hay un respeto del que debemos aprenderlo todo: el respeto de los pueblos originarios, el respeto por la madre naturaleza, por la madre tierra, por la Pachamama. Quizás hoy en día sea el respeto más importante porque la horadación de las entrañas de la tierra en la búsqueda insaciable de combustibles y metales, ha llevado al cambio climático y ha puesto en peligro la preservación de todas las especies, incluyendo la especie humana. ‡



# Autores

## 01. JUAN **ÁLVAREZ**

Neiva. Escritor. Doctor del departamento de Culturas Latinoamericanas e Ibéricas de la Universidad de Columbia, Nueva York. Es Premio Nacional de Cuento Ciudad de Bogotá y Premio de Ensayo Revista Iberoamericana 2010. Es profesor de la maestría de Escrituras Creativas del Instituto Caro y Cuevo.

## 02. PEDRO ADRIÁN **ZULUAGA**

El Santuario, Antioquia. Es periodista y crítico cultural. Escribió los libros *¡Acción. Cine en Colombia!*, *Literatura, enfermedad y poder en Colombia: 1896-1935* y *Cine colombiano: cánones y discursos dominantes*. En 2018 fue ganador del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar en la categoría de crítica en prensa.

## 03. PATRICIA **ARIZA**

Vélez, Santander. Historiadora de arte, dramaturga, poeta, actriz, codirectora del Teatro La Candelaria, presidenta de la Corporación Colombiana de Teatro. Es directora del Festival de Teatro Alternativo y del Festival de Mujeres en Escena. En 2007 recibió en Holanda el Premio Prince Klaus. Ganó el Premio Nacional de Poesía y el Premio Internacional del Teatro de la Mujer.